MANOLETE

POR

MANOLETE

Portada: Carmen Romero

Todas las imágenes reproducidas en el presente libro pertenecen a la colección particular de José Antonio Bejarano Retuerta, que las ha cedido cortésmente.

A mi gran amigo José Antonio Bejarano, ya que
sin su ayuda este libro no hubiera sido posible.
Gracias a su cariño tengo en mi sangre
para siempre un virus llamado Manolete.

ÍNDICE

Prólogo.....5
Manolete en tres tercios.....10
Manolete, biografía e imagen.....19
Quién es quién en Manolete.....92
Para ver más.....114
Para saber más.....123

PRÓLOGO

Dedicado a mis padres, por brindarme
la oportunidad de conocer este mundo.
A Manolete, por conocerlo en él.

MIS RECUERDOS…

Desde mi niñez, en una primavera de no recuerdo qué año, cuando en un libro le vi por primera vez, comprendí que Manolete era, sin duda alguna, uno de los mejores toreros de España. Había visto ya algún que otro diestro en fotos y revistas taurinas, pero Manolete me impresionó intensamente. Recuerdo un día de colegio, en una de esas largas y aburridas clases de Ciencias Sociales, con mi viejo y algo roído libro de historia heredado de mi hermano. Hablaba de un pintor español, Daniel Vázquez Díaz, andaluz como yo, y muy destacado en la mitad del pasado siglo, sobre todo, por sus innumerables retratos a personajes ilustres de la época. Junto a la breve biografía de este artista, se exponía la reproducción de una de las obras más importantes que nacieron de sus privilegiados pinceles… esa era Manolete. Me quedé absorto al ver la sobria y misteriosa figura de ese matador de toros inmortalizado en aquel lienzo.

A partir de ese momento e inexplicablemente, fue creciendo en mí la poderosa voluntad de recabar en la vida e historia de ese personaje. Días mas tarde recordé, que en el olvidado y oscuro trastero de mi casa, guardaba mi padre como oro en paño, un par de viejas maletas de cartón, y en ellas un sinfín de añoradas fotografías en blanco y negro, revistas, periódicos y algún que otro objeto taurino que pertenecieron a mi ya fallecido abuelo. Fue hombre del toro, que en su juventud quiso probar suerte como novillero. Sin acompañarle ésta, figuró como picador alternando en varias y afamadas cuadrillas. Años más tarde sirvió los estoques a más de una figura de su época como mozo de espadas y ya con bastante edad, terminando su paseíllo en este mundo, como pequeño empresario taurino.

Recuerdo que me pasaba horas y horas inmerso en el contenido de las polvorientas y antiguas maletas, deseaba tener un rato libre para bajar a ese oscuro y olvidado sótano y rebuscar en el pasado entre los objetos y viejos recuerdos, a la espera de satisfacer mi ilusión por descubrir algo nuevo que me llevase a adentrarme aún más en el interior de ese ser tan especial y con esa figura tan torera. Cuánta fue mi sorpresa, que no sólo adiviné muchas más curiosidades e inquietudes de Manolete, sino que mi querido abuelo, también era manoletista como yo…Y eso, para mí, fue el mejor regalo. Pues no sólo había heredado de él la afición por este maravilloso mundo de los toros, ni —según dicen— su cierto gracejo andaluz, sino que por si fuese poco, también corría por mis venas la incontrolable razón de ser manoletista.

Poco a poco fui rescatando pequeños fragmentos de su vida y del legado que nos donó. Y lo conseguí recabando datos en periódicos de la época, fotografías heridas por el paso del tiempo, libros escritos y dedicados a él, carteles de diferentes lugares en los que actuó, entradas a las localidades de las plazas en las que dejó grabadas en la memoria de miles de aficionados las numerosas e históricas faenas con las que triunfó, y alguna que otra reliquia personal que le perteneció. Desde entonces los guardo con celo en mi pequeña y modesta colección particular. Parte de ella la muestro con todo mi cariño de buen aficionado en esta humilde obra-homenaje, que desde un pequeño rincón de mi corazón brindo. Deseo que os sirva para que, después de conocer algo más a este ser inmortal como es Manolete, crezca en vosotros la imperturbable grandeza de su tauromaquia.

No quisiera tampoco desaprovechar esta magnifica ocasión —ofrecida por la amabilidad del autor de estas interesantes paginas sobre anécdotas, curiosidades y retazos de la vida de Manolete— para agradecerle cuanto nos enseñó, al que de verdad tuvo la mejor muleta de España y el más templado acero en su inmortal estoque. Con su sobria y seca figura alcanzó las mayores glorias de la torería, en una España de posguerra, cuya mitad nos había dejado en esa absurda batalla y la otra lo hacía poco a poco comida por el hambre y la miseria. Sólo él fue capaz de levantar del barro de la inclemencia nuestra Fiesta Nacional. Cuando los toros parecían que se iban eclipsando después de la fatalidad del país, de la pérdida del gran José y la retirada de alguna figura

destacada de la época, llegó él llenando las plazas de toros, inaugurando otras aún mayores, imponiendo un estilo nuevo pero con el fondo de un añorado sabor de auténtico abolengo. Elevó la figura del matador a las más altas cotas, a su vez que su caché y el de sus compañeros. Cómo podemos olvidar una cosa: le sacó faena al ochenta por ciento de los toros a los que dio muerte, y bien de verdad… Metía la espada como nadie, toreando de capa fue formidable —aquellas medias verónicas—, cómo tiraba la mano abajo y arrastraba la muleta en esos monstruosos naturales sin que cupiera entre él y el toro el mínimo grosor de un alamar de su chaquetilla. A mi modesto entender, su toreo fue la culminación del belmontismo y toda su grandeza la representaba junto al sello personal de su verticalidad, pues su figura era… como la mismísima Giralda.

Creo que ya es hora de poner punto final aquí. En este libro que Fernando Martínez ofrece ahora hallaréis, queridos lectores, una estampa bastante completa del gran torero español. Firma aún joven, pero bien prestigiada por sus innumerables artículos en las páginas de *El Correo de Andalucía* y otros periódicos, en revistas taurinas, en el programa de mano de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla y en libros anteriormente publicados. Con una preocupación y precisión por la fecha y la anécdota casi de cirujano, pienso que estas páginas encuadernadas y regadas por la inmejorable tinta de su pluma, contribuirán poderosamente a difundir la gloria y la fama de Manolete. Fama y gloria bien ganadas, siempre acompañadas con el más bello gesto. Encarándose a la muerte, cuando nadie podía disputarle su puesto en el ruedo. Él fue la máxima figura de su tiempo y me atrevería a decir que incluso después de muerto lo sigue siendo en el nuestro.

Mi deseo, después de leer este libro, es que podáis apreciar no sólo la grandeza de su toreo, sino la de un ser humano que nació, vivió y murió por una idea, la de dejarnos un legado difícil de superar, crear arte entre la vida y la muerte. Torero firme de tesón, representante de la vieja solera que en otro tiempo hizo famoso el nombre de esa bella tierra califal, valor, hombría, voluntad, nobleza, corazón… Cuántos sustantivos se me vienen a la cabeza, cuántos te mereces amigo Manolete. Y sobre eso, según cuentan los que le trataron y conocieron, un amigo cabal y entrañable como buen cordobés. Un caballero sin tacha ni el más mínimo doblez. Lo que se dice todo un hombre…un SEÑOR.

José Antonio Bejarano Retuerta

Sevilla, noviembre de 2006

MANOLETE

EN TRES TERCIOS

MITO, LEYENDA E HISTORIA

Manolete multiplicado por cien, en mil imágenes, Manolete en la historia, en la histeria colectiva, en las masas de aficionados agitando pañuelos, en la música imperecedera del pasodoble, en los deseos de rejuvenecer los viejos dogmas, en cambiar las reglas del toreo eterno… simplemente, Manolete por Manolete, contado por sí mismo, por su actos arrebatadores asumidos con un gesto serio, casi una mueca. Muchos son los ingredientes que confluyen en su figura para convertir su presencia en los ruedos y en nuestro presente en una leyenda. Lo que se escribe sobre él, lo que se comenta y lo que se filma no deja de atraernos como la receta de un viejo hechizo. ¿Por qué se da esa sugestión? ¿Puede ser por su muerte lenta y agónica en los ruedos mucho antes de la cornada de *Islero*? Tal vez la mirada triste que retratara el fotógrafo de *Life* en su última temporada tan acertadamente nos ofrece un vestigio. ¿Su muerte temprana en la plaza cuando tenía apenas los treinta años? A lo mejor no estamos preparados todavía para comprender el alcance de su magisterio, pues el tiempo corre en nuestra contra. A medida que pasan los años no somos capaces de enjuiciar de forma objetiva su parcela de la Fiesta Nacional. Lo que en su día fue una genialidad, a los veinte años es historia, a los cincuenta simplemente es un mito. Ahí nos encontramos ahora, embaucados por el mito.

Los toreros son agentes temporales, administradores de una voluntad que una vez que ha salido de la expresión de sus trastos —capote y muleta— se derrama entre la sociedad que les ve nacer. Representan un cúmulo de aspiraciones que cada uno de nosotros queremos poseer en algún momento de nuestras vidas. Si le añadimos la muerte como el fin del ciclo trágico —la derrota del héroe que se muestra vulnerable— conseguimos crear el personaje que vence las barreras del tiempo. Y pagamos por ello un impuesto altísimo, ya que nos quedamos sin ver a un Manolete senecto, retirado de los ruedos y maduro para responder a muchas preguntas. Si la muerte trastoca los planes de futuro de los seres humanos, a un torero le puede llegar a divertir porque juega

con ella como un aditamento más de su profesión. A Manolete le llegó de sopetón, sin poder hacer las cábalas necesarias, aunque a sus íntimos les decía que la del 47 sería su última campaña. Lástima de planificación humanística, siempre tan imperfecta.

De esta forma, lo que queremos conocer del mito se oscurece a medida que acumulamos más vivencias, anécdotas, documentos, fotografías... Entonces lo real nos juega una mala pasada, ya que va despegando la fina frontera que delimita lo mítico de la cruda realidad. Las lagunas de conocimiento sobre la personalidad de Manolete crecen entonces hasta hacer tambalear toda la estructura. Llega un momento en el que ya no somos capaces de separar lo que realmente ocurrió de lo nos gustaría que hubiera ocurrido y de lo que hemos leído como verdadero. Tal vez nos preguntemos en alguna ocasión si todo lo que asimilamos sobre el diestro de Córdoba sea cierto o se emborrone cada vez más por el paso del tiempo, porque precisamente es tiempo con lo único con lo que contamos para acercarnos a su figura. ¿Sería realmente útil una máquina del tiempo en estos casos de urgencia? Creemos que sí, sin lugar a dudas. En este punto concreto merece la pena cambiar el curso de la historia. Vivir junto al torero una tarde o compartir una cena íntima en el hotel con los hombres de su cuadrilla merece la pena.

Y no valen ya tanto los testimonios fidedignos de personas que vivieron junto a él los mejores o peores momentos de una figura del toreo. También se transforman, sin quererlo, en mecanismos de ensanche de lo mítico. Lo que en este libro se intenta contar no sólo son las verdades aceptadas sino también la sombra del personaje, la leyenda que proyectaba, pero sin la necesidad de narrar de principio a fin una vida llena de jugosas tajadas para el biógrafo taurino. En Manolete sería muy peligroso ofrecer un tratamiento lineal de su vida. Es mucho más interesante presentar lo vital con estructura fragmentaria, de forma circular, y con la participación de la imagen en blanco y negro que busca crear en el lector un acercamiento más cómodo a unos hechos que, en la mayoría de los casos, se han producido hace más de medio siglo. Los toreros, como las faenas que realizan, son pequeños episodios discontinuos, pero muy ricos para el que desconoce las inquietudes de los matadores de toros. Manolete es uno de los

mejores ejemplos con los que podemos contar para refrendar lo que venimos diciendo. Manolete se sigue multiplicando hasta el infinito.

PERFIL DE LÍNEAS RECTAS

Alto, delgado, muy delgado, cara de pocos amigos, hombre taciturno, en constante y honda reflexión. No sabremos nunca poner en pie ninguno de sus pensamientos, lástima. Buen pelo, oscuro y repeinado, con el tiempo aparecerá un mechón blanco, fino de muñecas —sus trajes de luces parecen los de un adolescente— estrella ante todo, gabardinas americanas, trajes de hilo blanco, corbatas cortas de listas, pijamas de seda, pañuelos de lunares, gafas de sol imposibles; fuma Lucky Strike unas veces, otras Camel, una estética que rompe con el gris de la posguerra; coches de carrocerías interminables, con volantes nacarados, excelentes compañías. En las calles de España se recoge el hambre a puñados. Él va por otro camino, el de la ostentación frente a la hambruna. El maestro es exquisito, cualquiera no es amigo de Manolo. Alterna poco, se le ve distraído siempre al fondo. Sus paellas son insuperables pero apenas tiene tiempo de saborearlas entre tentadero y tentadero. Es matador de toros, Manolete en los carteles, Manolete en los premios taurinos, Manolete en las crónicas que llegan del otro lado del Atlántico, Manolete lo impregna todo. En el caluroso verano de 1947 las mujeres sacan pañuelos negros en los balcones cuando el bolero de Antonio Machín es interrumpido en las retransmisiones radiofónicas por la muerte de El Monstruo. Sí, la muerte cegadora. La fiesta no se acaba. Los toros tan enjutos como el torero de Córdoba seguirán rodando por los alberos de las principales plazas del país como si nada hubiese ocurrido. ¿Se acaba el ritual de sangre cuando un torero de los pies a la cabeza se muere en una tarde? Amortajado mira al techo con un crucifijo en las manos. Parece una imagen sacra, de un santón copto; miles de personas hacen cola para decirle el último adiós, el hambre muere un poco aquella tarde en Linares. Adiós, triste adiós de luto en las calles de Córdoba. La Tauromaquia muere, al instante, cuando cae la

última gota de su sangre sintética que vuelve a renacer cuando riega el albero de las plazas centenarias. Los toreros son así, no admiten transfusiones improvisadas... Clarines de sombra, silencio…

Y España... España al fondo, con su decorado de mugre y desesperación política. ¿Dónde está España? En el rincón de Europa, con la autarquía económica atada al cuello como una soga que no deja respirar a nadie. En el mapa aceitoso ocupa un triste lugar, arrinconado en el occidente cristiano, entre las fotografías del dictador y de José Antonio. Allí está él, en el patio de cuadrillas mirando al celeste, apurando el cigarrillo escondido en la bocamanga como si fuera un mago. Es mirado con envidia por los aficionados, qué remedio, debería ser jefe de Estado de la Fiesta Nacional… Un turista, el único ser sobre el planeta que se permite esos lujos, deja unas instantáneas en color, las únicas que se conocen, tan reales que pensamos que son falsas, porque Manolete es un referente en blanco y negro, como el cine de la época, como los noticiarios y la literatura, que muestra los tonos grises de la censura política. "¡Ríete Manuel...!", entran ganas de gritarle a la cara cuando se ven sus ojos derramarse por un rostro cosido a cornadas. Sí, las corridas son cosa seria, llegó a decir en una ocasión mientras firmaba un abanico en el callejón de Linares, pero ese rostro impenetrable lleva grabada la orografía de la unidad nacional. Es verdad, Manuel, los toros son serios aunque salgan a los ruedos tan escurridos de peso como las hogazas de pan de la cartilla de racionamiento.

El Monstruo torea como quiere, a su estilo, no se le puede pedir más. ¿Cómo es su estilo? Más bien contraestilo, de líneas rectas y apuradas, que mira al cielo con disimulo, parado, quieto, que no se inmuta. No mueve una coma de su guión cada vez que se viste de luces, rosa palo y oro, blanco y oro… y esa mirada íntima que todo lo envuelve. Pisa terrenos comprometidos en los que ningún geógrafo con alternativa confirmada había tenido en consideración hasta la fecha. No desprecia a la muerte, al juego mortal, la demostración de valor innecesaria. La estocada hasta la empuñadura, certera, aviesa, el enemigo desarmado a sus pies, con la boca ensangrentada y mirando al cielo azul de la España de los cuarenta... Manolete va mucho más allá, es artista de los grandes, con enjundia y personalidad, no hay otro igual cuando mira a los tendidos plagados de pañuelos blancos y durante las vueltas al ruedo cargado de orejas y

ramos de flores. Pero parece que el matador no está contento, algo le falta, nunca sabremos qué turbaba su mente en las habitaciones de los hoteles cuando se enfundaba el traje de luces con parsimonia...

Los periódicos de Londres y París se hacen eco de sus triunfos como si se tratasen de las hazañas del mismísimo Livingstone. Posa con naturalidad al fotógrafo, como su madre le dio a entender, como si estuviera en la cara del toro. Un día es en la soledad de la habitación del hotel, otras en una finca, en un tentadero en el campo charro, siempre fotogénico, amable, comprometido con los que le rodean. Sus fotografías todavía hoy conmueven, en la atmósfera que recrean hay algo vivo, una nebulosa que se hace presente cuando ponemos nuestras pupilas en sus manos, en su espalda, en la forma simple y elegante de coger una taza de café... Suelta Manuel una manoletina como remate de la faena, un natural volcado en el morrillo del astado y un pase del desprecio a cámara lenta. Perfila la estocada, no falla, es un ciclón con la tizona. El público no sale de su asombro, las plazas se llenan para encajar mejor el hambre en el esternón. ¿De dónde sacan los aficionados las mugrientas pesetas para pagar las entradas? Una reunión de cinco personas es una cita política que hay que disgregar en nuestro país, pero los tendidos se agolpan con el aroma del puro y las palmas batientes cuando da la vuelta al ruedo sin querer poner las manoletinas sobre el albero.

Estatuarios, naturales interminables. Las corridas de toros son cosas serias en nuestra sociedad. El diestro se fatiga a los pocos años de estar en lo más alto, no tiene familia, rodeado de triunfos y nobles pensamientos. El mechón blanco avanza por el cuero cabelludo y no sabemos el motivo. “En una de estas me retiro...”, dice bajito cuando su apoderado se ajusta las gafas ante el espejo antes de salir de la habitación. Unos más y otros menos, todos queremos ser Manolete, el hombre volcán, la cumbre más alta de la Fiesta. Unos más, otros menos, queremos ser inmortales como él, bajarnos del avión que nos lleva a México como los embajadores de la ruina nacional... La muerte acecha para que el mito se explaye en la posguerra más dura que se pueda imaginar. En el primer plano, una vez más, las zapatillas planas y atornilladas en el albero. Al fondo el toro, el descamisado de la película de posguerra, el acusado que se nos presenta como verdugo inocente del ser humano. Allí siempre estará *Islero*, acechándonos,

mirándonos con el augurio de la tragedia... Manuel, abrevia la faena más grande de tu vida, por favor...

"DAVID, ¿DÓNDE ESTÁ EL TORO?"

Su oponente está donde siempre, en el centro del ruedo. El animal hace su trabajo en aquella tarde de agosto en Linares. Lleva por nombre *Islero*, de la ganadería de don Eduardo Miura. Inocente de cualquier crimen ante la justicia, se va a convertir en autor de una de las tragedias más completas periodísticamente hablando que se conocen. Los ojos del torero se entornan por el sol, el sudor en la frente que cala hondo como sus arrugas, el público entregado y el diestro de Córdoba mira a los tendidos como buscando una explicación para todo. Dicen los que le rodean que le cansa torear, que esta un poco harto de todo. El ser humano es tan egoísta que se cansa hasta de su propia gloria. ¿De qué se puede estar harto en las alturas en las que se mueve el torero? Es un figurón, un hombre joven, lleno de energía pero ha envejecido desde que está en lo más alto de la Fiesta. Todos los mitos tienen ese punto raro al final de sus días, momentos antes de que la leyenda inunde una vida normal y desbrozada en los ruedos a base de cornadas. Se nos muestra el cariz más profundo de lo legendario cuando la muerte se esconde detrás de la puerta. Y allí, por fortuna, está el fotógrafo que deja, hasta que el negativo aguante el paso de los años, la imagen inmortal de una estocada certera. Cano deja constancia gráfica cabal de la muerte de un matador por primera vez en la historia. Nadie parece comprender lo que sucede en Linares. Se rompe un hilo, una cuerda más que ata la tramoya del *Arte de Cúchares*. Bullicio en la enfermería, la cornada ha sido grande, todas las manos son pocas para taponar ese túnel oscuro de sangre que no tiene luz. "Nada puede con El Monstruo…", dicen alterados algunos aficionados. Sangre, sangre... se necesita mucha sangre… En el fondo hay esperanzas de que la hemorragia se corte con torniquetes de ilusión. Llegan los médicos, ajenos al dolor eterno de las

corridas de toros. Ellos están para salvar vidas, para contradecir eternamente el sinsentido de las corridas de toros.

La muerte. En aquella España retrasada y arrinconada del tren de la historia la guadaña inunda irremediablemente la vida de la mayoría. Hay luto en el toro y en los señores cuyos puros humean en los tendidos. Un velo negro cubre la vida de los españoles, las costumbres cotidianas, sus pensamientos, el futuro está dentro de la boca de un toro, mejor dicho, en la de un solo toro. Manolete agoniza, la muerte sube por el costado lentamente, como una serpiente. Los médicos que le atienden no se ponen de acuerdo en la gravedad de la cornada. Todos los diagnósticos no son iguales. En la enfermería de la plaza se coloca una palangana bajo la cama porque la sangre cae como una gotera a través del colchón. Muerte, más muerte. Manolete agoniza y pregunta por el toro. Poética pregunta final, la fuerza que se inicia en las dehesas acaba en la energía del matador por elegir una de las profesiones más duras y a la vez más hermosas que se conocen. El toro como principio y fin de todas las cosas. Manolete muere sin ver ni una sola gota de luz en la habitación. Las campanas de Linares repican de agonía. Nace el héroe, el mito de la España pobre y necesitada hasta de aire.

Al diestro le da por mirar al cielo, amortajado como una momia del alto Egipto. Blande entre las manos un crucifijo, sus hombres de confianza se arremolinan en la cabecera de su cama. Dominguín hace de guardia pretoriana. El trono está vacío una vez más. La imagen de Sánchez Mejías junto al cadáver de Joselito *El Gallo* se revive una vez más. El ritual de la muerte repite fórmulas, pero el drama es aún mayor. Los vecinos de Linares se agolpan haciendo colas interminables. La noticia vuela por el país. No se lo puede creer ni el enterrador del cementerio de Córdoba. La gente guarda un luto mugriento, los niños llevan en las escuelas un brazalete negro como cuando se perdieron las últimas colonias. El ataúd va por las calles en silencio. Toreros, ganaderos y subalternos acompañan los restos para su descanso eterno. ¿Qué nos queda de Manolete en el siglo XXI? La imagen enfrentada y rota en mil pedazos de un desconocido de sí mismo. ¿Se parecen los toreros unos a otros? Tal vez El Monstruo no se parezca a nadie, es único en estilo, paciencia y ejemplaridad. Su sombra se alarga cada año, revive sin proponérselo cuando la tragedia sin nombre de Linares acecha. Todos los diestros tienen algo de Manolete en el fondo de sus miedos cuando se

visten de luces delante del espejo. “David, ¿dónde está el toro?”, le preguntó a su banderillero de confianza en el lecho de muerte como un magnífico y bello epitafio. Y se hizo un silencio ensordecedor. Deberíamos invertir la pregunta: “Manuel, ¿dónde está el toro?”.

MANOLETE,
BIOGRAFÍA E IMAGEN

MI COLCHÓN POR UN BOLETO

Corre el año 1945, hace tan sólo unos meses que se han extinguido las últimas llamas de la II Guerra Mundial. Navidad mísera en España, no hay casi nada que llevarse a la boca. En América hace buen tiempo y se cumplen unos quince días desde que ha comenzado la temporada taurina en México. Hasta hay aires de libertad en las repúblicas hispanoamericanas. Manolete es el torero del momento. Ha revolucionado las maneras taurinas, adormecidas después de la Guerra Civil. El diestro cordobés pisa terrenos inexplorados en la cara del astado. Lo que llega de la vieja España no deja de asombrar al otro lado del charco. Ante la acometida de la fiera, el coletudo presenta a los tendidos la solemnidad de un rostro efímero, cansado, perdido entre ojos adormilados. Con los pies firmes y el torso recto como una columna toscana realiza sus faenas con pasmosa facilidad, como si se tratase de una breve conversación con un amigo.

Nuestro país se ha quedado pequeño. En el ánimo y en los sueños de todos los aficionados planea la confirmación de alternativa en tierras americanas. Se fija la fecha en el calendario: 9 de diciembre de 1945[1]. Será en la plaza de El Toreo. En México corre la noticia como la pólvora, el artista español del momento va a actuar en las plazas aztecas más importantes. Una cifra: va a cobrar la friolera de veintiocho mil pesos por el festejo, que al cambio de las antiguas pesetas es cerca de un millón, por inaugurar La México. La plaza de El Toreo necesita reformas porque el papel se vende pronto. La grada supletoria no tarda en construirse y hasta hay espectadores que pagan por ver el festejo de pie.

[1] Para más información de este festejo puede acudir el lector al capítulo titulado *Primera fila de barrera, sol*.

La llegada al aeropuerto es todo un acontecimiento. Su cuerpo alargado, su traje impecable y sus maneras hacen presagiar lo mejor en los ruedos. No sólo en la capital va a hacer el paseíllo, también se incluyen los cosos de Guadalajara, Puebla, Irapuato, León y Aguascalientes.

A medida que se aproxima la fecha crece la expectación. La reventa comienza a funcionar. Los aficionados se acercan a las inmediaciones del coso para preguntar por los precios: "por las nubes, mi guey". Muchos caballeros han dejado el tabaco e incluso tomar algunas copas para ahorrar unos pesos. Para otros no es suficiente, hay que sacar la plata de algún sitio porque la cita con Manolete se acerca. La empresa se ha encargado de caldear el ambiente con un auto con megafonía que recuerda insistentemente sus triunfos al otro lado del Atlántico, en España. Se rompen huchas, se pide prestado a familiares y a amigos. Todavía no hay suficiente. No se va al fútbol los dos domingos anteriores, pero no hay forma de pagar lo que se pide.

Ya está. El padre de familia guarda el secreto. Con diligencia se ha dirigido días antes a una casa de empeños. El colchón de lana donde hace vida marital con su mujer ha sido la víctima propiciatoria. Todo sea por un simple boleto —denominación de entrada en México— para ver a Manolete hacer el paseíllo. Aquel 9 de diciembre de 1945 la plaza está a reventar, no cabe un alfiler. El padrino de la ceremonia de confirmación de alternativa es Silverio Pérez *El Faraón de Texcoco* y el papel de testigo le corresponde a Eduardo Solórzano. El nombre del toro de la confirmación de doctorado que queda para la historia es *Gitano*, del hierro de Torrecillas. Poco importa la bandera que ondea en la plaza aquella tarde. Tal vez la discusión política se agrandara al ver hacer el paseíllo a Manolete. El triunfo es apoteósico. Un mar de sombreros charros cubre el piso de plaza. Manolete, de purísima y oro, da cinco vueltas al ruedo con una oreja y un rabo[2], pero el rostro permanece imperturbable. Sin embargo, Manolete actúa con 39º por culpa de una lengua de vaca con chile que toma en un pueblo cercano. La tremenda expectación le impide presentar un parte facultativo. Un médico le receta piramidón y le diagnostica una infección intestinal.

[2] En México era costumbre obsequiar al torero con tan sólo una oreja, si su actuación era muy destacada se pasaba directamente al rabo.